

Anarquistas "eleccionistas"

Errico Malatesta

1924

Dado que no hay ni puede haber una ley ni autoridad que dé o quite el derecho de llamarse anarquista, nos vemos verdaderamente forzados, de vez en cuando, a señalar la aparición de algún convertido al parlamentarismo que continúa, al menos durante cierto tiempo, declarándose anarquista.

No encontramos nada de malo ni de deshonesto en cambiar de opinión, cuando el cambio es motivado por nuevas y sinceras convicciones y no por el interés personal; desearíamos, sin embargo, que se dijera francamente en lo que uno se ha convertido y lo que uno ha dejado de ser, para evitar discusiones inútiles. Pero quizá esto no es posible, porque aquel que cambia de ideas no sabe en general, al principio, dónde va a terminar aterrizando. Por lo demás, lo que nos sucede, acontece, en una proporción más bien grande, en todos los movimientos políticos y sociales. Los socialistas, por ejemplo, tuvieron que sufrir a los explotadores del socialismo y a políticos de toda laya que se llamaban socialistas; y los republicanos se ven hoy igualmente obligados a soportar que algunos, vendidos al partido dominante, usurpan incluso el nombre de mazzinianos.

Afortunadamente, el equívoco no puede durar mucho. Pronto, la lógica de las ideas y la necesidad de acción fuerzan a los pretendidos anarquistas a renunciar espontáneamente a su nombre y a ocupar el lugar que les corresponde. Los anarquistas eleccionistas, que en diversas ocasiones se mostraron, todos ellos, de forma más o menos rápida, abandonaron el anarquismo, lo mismo que los anarquistas dictatoriales o bolcheviques se convirtieron rápidamente en bolcheviques hechos y derechos que se pusieron al servicio del gobierno ruso y de sus delegados.

El fenómeno se produjo en Francia con motivo de las elecciones de estos últimos días. El pretexto es la amnistía. "Hay miles de víctimas en cárceles y presidios; un gobierno de izquierda los amnistiaria; es deber de todos los revolucionarios, de todos los hombres de corazón hacer lo que puedan para que de las urnas salgan los nombres de los hombres políticos de los que se espera que den la amnistía." He ahí la tendencia dominante en el razonamiento de los convertidos.

Los compañeros franceses deben estar alerta.

En Italia, se produjo una agitación en favor de Cipriani, preso, que sirvió de pretexto a Andrea Costa para arrastrar a las urnas a los anarquistas de la Romagna, y empezar, así, a hacer degenerar el movimiento revolucionario creado por la Primera Internacional, y a acabar por reducir el socialismo a un medio de entretener a las masas y de asegurar la tranquilidad de la monarquía y de la burguesía.

Pero, en realidad, los franceses no tienen ninguna necesidad de ir a buscar ejemplos a Italia, porque los tienen muy elocuentes en su propia historia. En Francia, como en todos los países latinos, el socialismo empezó despegando, si no como anarquismo, sí, al menos, como antiparlamentario; y la literatura revolucionaria francesa de la primera década después de la Comuna abunda en páginas elocuentes, de-

bidas, entre otras, a la pluma de Guesde y de Brousse, contra la mentira del sufragio universal y la comedia electoral y parlamentaria.

Así pues, lo mismo que Costa en Italia, los Guesde, los Massard, los Deville, y más tarde Brousse en persona, fueron muy atrapados por el hambre de poder y quizá también por el deseo de conciliar la fama de revolucionario con la vida tranquila y las pequeñas y grandes ventajas que se granjea aquel que entra en la vida política oficial, aunque sea a título de oposición. Y ya entonces toda la maniobra comenzó por cambiar la dirección del movimiento y hacer que los compañeros aceptaran la táctica electoral. La nota sentimental jugó también un importante papel en ese momento: se pedía la amnistía para los hombres de la Comuna, había que liberar al viejo Blanqui que se moría en la cárcel, y con cien pretextos y cien recursos para vencer la repugnancia que ellos mismos, los tráfugas, habían contribuido a hacer nacer en los trabajadores contra el eleccionismo y que, además, estaba alimentada por el recuerdo todavía vivo del plebiscito napoleónico y de las matanzas perpetradas en junio de 1848 y en mayo de 1871 por voluntad de los diputados salidos del sufragio universal. Se decía que era necesario votar para contar, pero que se votaría por los inelegibles, por los condenados, por las mujeres o por los muertos; otros propusieron votar en blanco o con un slogan revolucionario; otros querían que los candidatos pusieran en las manos de los comités electorales cartas de dimisión para el caso de que salieran elegidos...Y después, cuando el fruto ya estuvo maduro, es decir, cuando la gente se dejó persuadir de ir a votar, se quiso ser candidato y diputado en serio: se dejó a los condenados pudrirse en la cárcel, se renegó del antiparlamentarismo y se echaron pestes sobre el anarquismo; y Guesde, después de cien palinodias, acabó como ministro del gobierno de la "Unión Sagrada", Deville llegó a ser embajador de la República burguesa y Massard, creo, algo todavía peor.

No queremos poner en duda, de antemano, la buena fe de los nuevos convertidos, y tanto más cuanto que, entre ellos, hay más de uno con quien mantenemos lazos personales de amistad. En general, estas evoluciones - o involuciones, si se quiere - tienen su comienzo en la buena fe, luego empuja la lógica, se mezcla en ello el amor propio, vence el medio en el uno se mueve...y uno se convierte en aquello que antes repugnaba. Quizá en el caso actual no haya nada de lo que tememos porque los neoconvertos son muy pocos, y es muy débil la probabilidad de que encuentren grandes adhesiones en el campo anarquista, y estos compañeros, o ex-compañeros reflexionarán mejor o reconocerán su error. El nuevo gobierno que se instalará en Francia después del triunfo electoral del bloque de izquierda les ayudará a convencerse de que hay muy poca diferencia entre él y el gobierno precedente, pues no hará nada bueno - ni siquiera la amnistía - si la masa no lo impone por su agitación. Nosotros intentamos, desde nuestro punto de vista, ayudarles a encontrar la razón con una observación que, por lo demás, no debería ser nueva para quien ya haya aceptado la táctica anarquista.

Es inútil que nos vengan a decir, como lo hacen estos buenos amigos, que un poco de libertad vale más que la tiranía brutal sin límite y sin freno; que un horario de trabajo razonable, un salario que permita vivir un poco mejor que las bestias, la protección de las mujeres y de los niños, son preferibles a una explotación del trabajo hasta la extenuación completa del trabajador; que la escuela pública, por mala que sea, es siempre mejor, desde el punto de vista del desarrollo moral del niño, que la dirigida por curas o monjes...Muy de acuerdo con eso; y hasta podemos igualmente aceptar que puede haber circunstancias en las que el resultado de las elecciones en un Estado o en un Ayuntamiento puede tener consecuencias buenas o malas y que ese resultado podría ser determinado por el voto de los anarquistas, si las fuerzas de los partidos en competición estuvieran igualadas.

Generalmente, se trata en eso de una ilusión; las elecciones, cuando son pasablemente libres, no tienen más que el valor de un símbolo: indican el estado de la opinión pública, opinión que se impondría mejor, con medios más eficaces y con resultados mayores, si la triquiñuela que son las elecciones no le hubiera sido presentada. Pero eso no importa: aunque ciertos pequeños progresos fueran la consecuen-

cia directa de una victoria electoral, los anarquistas no deberían ir a las urnas ni dejar de predicar su método de lucha.

Puesto que no se puede hacer todo en el mundo, hay que elegir la propia línea de conducta.

Siempre hay una cierta contradicción entre las pequeñas mejoras, la satisfacción de las necesidades inmediatas, y la lucha por una sociedad verdaderamente mejor que la que hay.

El que quiera consagrarse a construir urinarios o fuentes donde hagan falta; el que quiera desvivirse por conseguir la construcción de una calle, o la institución de una escuela municipal, o cualquier otra pequeña ley de protección del trabajo, o la destitución de un policía brutal, seguramente hace bien en servirse de su papeleta electoral, prometiendo su voto a tal o cual personaje poderoso. Pero, entonces, puesto que se quiere ser "práctico", hay que serlo del todo, y, entonces, mejor que esperar el triunfo del partido de la oposición, mejor es votar por el partido más cercano, arrastrarle el ala al partido dominante, servir al gobierno de turno, hacerse agente del gobernador o alcalde en ejercicio. Y, de hecho, el neoconverso del que hablamos no se proponía votar por el partido más avanzado, sino por el que tenía la mayor probabilidad de ser elegido: el bloque de izquierdas.

Pero, entonces, ¿dónde se va a parar?.

Los anarquistas cometieron ciertamente mil errores, dijeron un ciento de cosas absurdas, pero siempre se mantuvieron puros y siguen siendo el bando revolucionario por excelencia, la formación del porvenir, porque han sabido resistir a la sirena electoral.

Sería verdaderamente imperdonable dejarse arrastrar por el torbellino cuando se acerca rápidamente nuestra hora.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Errico Malatesta
Anarquistas "eleccionistas"
1924

Recuperado el 6 de noviembre de 2014 desde cnt.es
Publicado originalmente en *Pensiero e Volontà*.

es.theanarchistlibrary.org